

Moisés: Su vida y su muerte

E.W. Rogers, Oxford, Reino Unido
The Harvester, abril 1970

“Murió allí Moisés siervo de Jehová”, Deuteronomio 34.5. Siervo de Jehová, pero no de hombres. Moisés nunca había sido esclavo en Egipto, aun cuando pertenecía a una nación cuyo pueblo estaba en un estado lamentable cuando él nació. Era el profeta que dijo: “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis”, y ese segundo profeta era el Señor Jesucristo, quien de carne participó pero nunca era siervo del pecado; Deuteronomio 18.15, Hechos 7.37, 3.20 al 22.

Moisés era siervo de Jehová por nombramiento divino, como Éxodo capítulo 3 hace saber. No se autonombró, no obstante las insinuaciones de María y Aarón en Números capítulo 12. Era siervo de Jehová por elección propia en el sentido que renunció el reconocimiento de la casa real y optó por identificarse con el oprimido pueblo de Dios, habiendo pesado los valores respectivos de las riquezas de Egipto y el reproche de Cristo. Estimó este oprobio como de mayor valor para él que el prestigio, Hebreos 11.24 *et seq.* Moisés era un siervo fiel en toda la casa de Dios; a saber, la casa de Israel, Hebreos 3.25. Dios podía confiar en él.

Era siervo perseverante. No obstante las circunstancias tan variadas de la travesía del desierto y el pueblo obstinado que estaba a cargo suyo (“los guió por la diestra de Moisés”, dice Isaías 63.12), él prosiguió con propósito firme aquellos cuarenta años largos. Dice Hebreos 11.27 que “se sostuvo”.

Moisés era siervo humilde, sabiendo más que cualquier otro que no era indispensable para Dios. Bien podría Él levantar a otro para tomar el lugar suyo, y cuando Moisés recibió órdenes de hacer precisamente esto, nombró a Josué, Deuteronomio 31.14.

Era sin igual. “Nunca se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien haya conocido Jehová cara a cara”, 34.10. Era el más fuerte de hombres, vigoroso a los 120 años, y el más manso a la vez, 34.7 y Números 12.3. Son dos cualidades que rara vez se encuentran juntas.

La historia de este hombre se divide en tres períodos de cuarenta años cada uno; véanse Hechos 7.23, 30 y 36. Por cuarenta años estaba en Egipto, enseñado en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras. Esta característica se manifestaría más adelante en su vida, pero tuvo su origen en la niñez y mocedad.

Dios en su soberanía, con autoridad sobre toda carne, ordenó que su siervo en formación fuese educado de una manera tal que le prepararía a ser “rey en Jesurún”, como lo expresa Deuteronomio 33.4,5. (Jesurún es un nombre simbólico para Israel y significa la rectitud: “Tú, Jesurún, a quien yo escogí”, Isaías 44.2). Moisés era quien daría al pueblo de Dios una ley para regir la conducta de las personas y de la nación.

Consecuencia de su celo inoportuno a favor de su propia raza, él huyó de Egipto y llegó a Madián donde pasaría otros cuarenta años. Allí, habiéndose casado con Séfora, engendró a dos hijos, Gersón y Eliezer. Su peregrinación comenzó con una manifestación de interés en los rebaños por los cuales sacó agua, una faceta de su carácter que se manifestaría al conducir él al rebaño de Dios por el desierto.

Por cuarenta años fue probado por Dios. Moisés había abandonado el palacio egipcio, deseoso de ayudar a los israelitas oprimidos, pero ahora —extraño le parecería— se

encontraba muy lejos del palacio que conocía y el pueblo que quería. Al primero había renunciado; al postrero no podía.

Pero Dios, todavía ordenando todo según el consejo de su voluntad, se reveló a su siervo en la zarza, y le dirigió al palacio de nuevo. Moisés fue enviado al palacio para jugar un papel que nunca esperaba, y de allí a su pueblo, y de éste al desierto de nuevo, esta vez para cuarenta años y en circunstancias muy distintas. Su nombre está vinculado con el primer cántico en la Biblia, el del Éxodo capítulo 15, y con él postrero, el del Apocalipsis capítulo 15. Su vida fue una de fe, y hacemos bien al meditar sobre todos los puntos señalados en el resumen en Hebreos 11.24 al 28.



Pero—y es triste tener que usar aquí este *pero*—hubo una falta grave al final, cosa que sucede con muchos de los siervos de Dios. Cuánta necesidad hay de cuidarnos de un fracaso en la vejez.

David ganó una excelente hoja de servicio en sus primeros años y luego la manchó con el asunto de Betsabé y Urías; los efectos de un desliz iban a perjudicar a David por el resto de su vida.

El corazón de Salomón fue desviado del Dios verdadero por mujeres de mal carácter, no obstante la excelencia de los primeros tiempos cuando pidió sabiduría, construyó un espléndido templo y oró de la manera más impresionante.

Asa, uno de los mejores reyes en Judá, estaba gravemente enfermo de los pies en su vejez, pero ni así buscó a Jehová sino a los médicos con sus prácticas dudosas; 1 Crónicas 16.12.

Después de todo lo que se cuenta a favor de Josías y sus maravillosas reformas, él se metió en un asunto que no le correspondía, y, “tomando el perro por las orejas”, fue mordido severamente, al decir de Proverbios 26.17; 2 Crónicas 35.20.

No nos sorprende, entonces, que Pablo se haya resuelto terminar su carrera con gozo, cuidadoso de no dejar que nada le entorpezca en el camino. Por la gracia de Dios, fue así; Hechos 20.24, 2 Timoteo 4.7.

Infelizmente, Moisés manchó su hoja, y confiesa en Deuteronomio 1.37: “Contra mí se airó Jehová por vosotros”. Lo dice de nuevo en el 4.21, y en 32.48 al 52 aprendemos detalles. Parecía una cosa de poco significado, aun algo excusable. Fue hecha bajo el la presión del estado desobediente del pueblo de Dios. Su pecado consistió en hablar precipitadamente con los labios, Salmo 106.33. La cosa fue que Moisés desobedeció a Dios al golpear la peña, exclamando: “¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?” Números 20.1 al 13.

El mandamiento de Jehová en esta ocasión (a diferencia de la ocasión anterior, relatada en Éxodo 17.6) fue: “*Hablad* a la peña”. Dios quería dar aquí una ilustración de Cristo, la Roca herida una vez para siempre, a quien hemos podido hablar para recibir la bendición. Nuestro Salvador no precisa de un segundo golpe, ni tercero tampoco. Pobre Moisés; se excedió. Puede que digamos que fue un pecado pequeño, pero fue grande porque Moisés lo cometió; las faltas pequeñas tienen grandes consecuencias cuando son de hombres grandes. Mientras más da Dios a uno, más espera de uno. ¡Cuánto cuidado debemos tener!

Fácilmente salieron las palabras de su boca: “¡Oíd ahora, rebeldes!” Así no es que se habla del pueblo de Dios. Con razón escribiría el hombre sabio, siglos después: “El que guarda su boca y su lengua, su alma guarda de angustia”, Proverbios 21.23. Ese poco de apre-

suramiento lució tan grande porque Moisés solía ser tan manso. El castigo —morir en Pisga en vez de entrar en Canaán— pareció excesivo en proporción a la falta cometida, ¿pero quién jamás puede medir la gravedad de una ofensa contra Dios? Jehová estableció una figura en esa roca en Números 20, y Moisés no la respetó; el Dios ofendido es quien establece la seriedad del incidente.

A Moisés no le fue permitido, entonces, entrar en la tierra prometida, sino murió con Canaán a la vista. Su oración había sido que entrara; “Pase yo, te ruego, y vea aquella tierra buena que está más allá del Jordán”, Deuteronomio 3.25. La respuesta positiva no sería dada hasta que pasaran unos cuantos siglos de historia humana, cuando Moisés sería visto con Elías sobre el monte santo, en la tierra prometida ya, y con el Señor Jesús en medio de los dos.

Había, por supuesto, una razón dispensacional para todo esto. Moisés representaba la Ley que él dio al pueblo, y la Ley sólo puede condenar y poner el hombre debajo del juicio de Dios. Hace falta un Josué —un Salvador de la pena de la Ley— para llevarnos a las bendiciones celestiales.

Así, murió Moisés, pero no por las consecuencias de la vejez, ya que sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor. Dios le llevó por medio de la muerte. Sepultó su cuerpo en un lugar no revelado, para impedir que los hombres hiciesen santuario de su sepulcro, adorando la criatura en vez del Creador y el siervo en vez del Maestro.

El arcángel Miguel disputó con el diablo el cuerpo de Moisés; Judas 9. No sabemos qué era la contienda, y tal vez sea imprudente especular. ¿El diablo reclamaba como suyos por derecho esos restos, hasta que el Señor Jesús estableciera, por muerte en el Calvario y resurrección al tercer día, su reclamo sobre el cuerpo de uno de los suyos? La Biblia guarda silencio y por lo tanto hacemos bien en hacer lo mismo.

El caso es que el molde fue partido y no se ha levantado desde Moisés un hombre como él, quien tenía el privilegio inefable de hablar con Dios cara a cara. En muchas cosas él era único. Fue el único que conocía a Dios de rostro, el único a quien Jehová se manifestó, el que dio a Israel la Ley. Tanto en Egipto como a la vista de todo Israel, era hombre sin igual. Conforme supervisó Dios los detalles de su nacimiento, así de su muerte. Fue sepultado en el valle de Moab: el más manso de los hombres enterrado en la tierra de un pueblo renombrado por su arrogancia; Jeremías 48.29.



Moisés había dejado una herencia para el pueblo de Dios y había dejado su huella sobre Josué. Este estaba “lleno de espíritu de sabiduría”, ya que Moisés le había impuesto las manos. El pase de mando se realizó sin trauma porque el siervo mayor había previsto qué vendría en los años por delante y había hecho las provisiones del caso.

Moisés no murió por debilidad ni por desespero. Su labor se había realizado y, por raro que nos parezca, fue dirigido por Dios a subir la cuesta del Abarim a contemplar el paisaje de la tierra prometida. Dijo Jehová: “... muere en el monte al cual subes, y sé unido a tu pueblo”, Deuteronomio 32.50. En esto fue único; ningún otro recibió órdenes de esta naturaleza. Dios tenía más que hacer con su pueblo terrenal, pero dispuso usar a otro. El sucesor, Josué, no sería un duplicado, sino tendría otro ministerio. Él llevaría el pueblo a la tierra y velaría, en

lo posible, por el cumplimiento de la Ley ya dada. Moisés tendría que retirarse, y de buena voluntad.

Cuando le llegó a Josué el tiempo de su muerte, dijo: “Yo estoy para entrar hoy por el camino de toda la tierra; reconoced, pues, con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, que no ha faltado una palabra de todas las buenas palabras que Jehová vuestro Dios había dicho de vosotros”, Josué 23.14. Estas buenas palabras fueron dichas por intermedio de Moisés. Las promesas son ciertas, y las advertencias también. El que cree a Moisés, cree a Cristo, porque el menor escribió del mayor; Juan 5.46.